

Emil Cioran

TILL KINZEL

Till Kinzel es profesor de Literatura Inglesa y Americana contemporáneas en la Technischen Universität Braunschweig. Su último libro es Michael Oakeshott: Philosoph der Politik (2007)

Se podría considerar de lo más apropiado que uno de los pensadores más amargos del siglo XX, un antifilósofo de la negación del mundo y un magnífico autor de aforismos, proviniera de Rumanía. Emil Cioran, nacido en 1911 en Rasinari, en el límite norte de los Cárpatos del Sur, cerca de Sibiu, pertenece a esa generación de intelectuales rumanos que no sólo no albergaron esperanza alguna para sí mismos, sino tampoco para la situación de su país. Los intelectuales como Cioran vieron la cultura rumana como una cultura de segunda mano: “No es cómodo en absoluto haber nacido en un país de segunda mano”, escribió Cioran en su libro *Transfiguración de Rumanía* de 1936, su libro más controvertido, publicado sólo en rumano. (En 1990, Cioran recortó esta edición por las partes, en su opinión estúpidas, que trataban, entre otros temas, de los judíos: aquellas partes, en todo caso, por las cuales Mircea Eliade, que revisó las pruebas para Cioran, lo había alabado en su momento). Este extraño libro se encuentra, junto a algunos artículos suyos, en el centro de la discusión sobre la relación de Cioran con el nacionalismo místico o bien con el fascismo de la “Guardia de Hierro”. Por ello es revelador que Cioran enviase al líder Corneliu Zelea Codreanu un ejemplar de su libro, una obra que entre los legionarios, los nacionalistas rumanos y los tradicionalistas no gozaba de una aceptación unánime.

De la falta de fe en la existencia real de Rumanía resultó el deseo de crear una nueva Rumanía, un deseo en el que se mezclaban utopía y fanatismo. “Deseo una Rumanía fanatizada,” escribió Cioran, “una Rumanía en delirio, una Rumanía con la población de China y la cul-

tura de Francia”. La embriaguez del fanatismo era para el joven Cioran de alguna manera el fuego con el cual creía tener la obligación de jugar: retrospectivamente, en cambio, “el delirio” le pareció “omnipresente” en sus escritos rumanos.

El filósofo Lucian Blaga, que desempeñó un importante papel en la recepción de Nietzsche en Rumanía y que se había visto fuertemente influido por Spengler, elaboró frente a ello en su teoría del “espacio miorítico” una especie de justificación de Rumanía como nación cultural. (Llamó “miorítico” dicho espacio por “Miorita”, una balada popular sobre un corderito que Blaga interpretó como expresión central de la cultura rumana). Por otra parte, muy pronto se hizo evidente entre los intelectuales más relevantes una orientación a la cultura de la Europa central y occidental; los jóvenes rumanos aspiraban entonces como hoy a becas que les permitieran, por ejemplo, pasar una temporada en París. Mircea Eliade, Emil Cioran y Eugene Ionesco marcharon al extranjero y más tarde empezaron incluso a escribir en otros idiomas. El intento de Cioran, al decidirse por el francés, de romper con la lengua rumana al igual que con su pasado rumano, con esa “tragedia de las pequeñas culturas”, tal como él veía la cultura rumana en su primer capítulo de *Transfiguración de Rumanía*, no podía funcionar. Hasta el final, cuando ya hacía mucho que había dejado tras de sí el nacionalismo de su juventud, estuvo influido por la filosofía cultural de Spengler y obsesionado por el destino de los pueblos pequeños.

La cultura rumana viva de la época de entreguerras estuvo marcada por personalidades carismáticas (aunque desde luego no haya que sobrevalorarlas por lo

que se refiere a su actuación en el medio intelectual) como el profesor y lógico Nae Ionescu, que participó notablemente en el desarrollo de la ideología nacionalista rumana y propagó la identificación de “rumanidad” con ortodoxia. Debe tenerse por carismático mentor de toda la “joven generación” que se reunía en el círculo de “Criterion”, del cual eran miembros, a parte de Cioran y Eliade, otros intelectuales como Constantin Noica, Mihail Polihroniade y Mercea Vulcanescu. Todavía en los años 20 se contaba entre los componentes del círculo un escritor como Mihail Sebastian, que además era judío y que, no obstante, provocó un escándalo literario cuando publicó su novela *Desde hace dos mil años*, una agresiva exposición del destino del judaísmo, con un prólogo demagógico y antijudío de su profesor Ionescu. En efecto, también Sebastian da testimonio del profundo efecto que producía la personalidad de Ionescu: “Compadezco a los jóvenes que no encontraron a tiempo en su vida a un hombre en quien pudiesen creer, que los entusiasmará... hasta el punto de hacerlos cambiar de vida”. Ionescu era, según Sebastian, el líder espiritual de la generación joven.

En los años 30 se aceleró rápidamente la ideologización de la sociedad rumana; nuevos movimientos políticos como el de los legionarios ganaron pronto en importancia. Nae Ionescu se hizo antisemita y reconoció incondicionalmente en los años 30 la autoridad del líder del movimiento de los legionarios, de la “Guardia de Hierro”, Corneliu Zelea Codreanu. En 1940, dos años después de la ejecución, o más bien del asesinato, de Codreanu, Cioran pronunció un discurso en la radio sobre él, que fue titulado “El perfil interior del capitán”, y en el que, desde un punto de vista nacionalista, elogió su actuación política: “Antes de Codreanu, Rumanía era un desierto poblado”.

El proceso de ideologización de los años 30, que ofreció al dramaturgo Eugen Ionescu la perspectiva para el fenómeno de la “rinocerización” (véase *Los Rinocerontes*), tampoco pasó sin dejar huella en Cioran y Eliade. Éstos estaban convencidos de la bancarrota del modernismo liberal con su monotonía espiritual y habían dejado de guardar la esperanza de que un simple regreso a la ortodoxia rumana fuera posible. Eliade describe la generación desorientada y “perdida” de la época de entreguerras rumana en su novela *Los Hooligans*, en la que Cioran encontró, según él mismo escribe, “la revelación de nuestra podredumbre, de nuestro fracaso no admitido, de nuestro destino común”. *Transfiguración de Rumanía*, de Cioran, era por su parte un libro de autocomprensión nacionalista. “Nadie es nacionalista, si no sufre tremendamente por el hecho de que Rumanía no posea la misión histórica de una gran cultura, de que no le sea propio el imperialismo cultural y político que es característico de las grandes naciones; no, no es nacionalista quien no crea fanáticamente en la transfiguración versátil de nuestra historia”.

Con ello, sin embargo, expresaba a la vez pensamientos que no podían armonizar ni con el nacionalismo tradicional ni con la alta estima de que gozaba el legionarismo entre el campesinado. La desesperación de Cioran de cara a la inexistencia de cultura en Rumanía se refleja en una frase clave de

Transfiguración de Rumanía, que en esencia también deja entrever su extremismo: “Amo la historia de Rumanía con un gran odio”.

Eliade no se movió sólo por influencia de Nae Ionescu en la dirección de la “Guardia de Hierro”: también los informes entusiastas enviados desde la Alemania nacionalsocialista por Cioran, con quien Eliade había trabado contacto a principios de los años 30, pudieron contribuir a ello. Escribió Cioran, por ejemplo, en noviembre de 1933, desde Berlín, que se sentía muy cómodo y que estaba entusiasmado con el orden político impuesto. No necesariamente debía plasmarse esta exaltación sentida por Cioran en simpatías hacia un movimiento de masas orientado a la derecha, a la vista de que el joven Cioran también adoraba a Lenin y el bolchevismo.

En una carta de diciembre de 1937 a Eliade, Cioran escribe desde París que sólo con una revolución de la derecha podía resucitar Rumanía, que la “Guardia de Hierro” era la última oportunidad de Rumanía y que la destrucción de la democracia era un acto creador. El propio Eliade alaba al mismo tiempo el movimiento legionario y ve en el fin de este movimiento no sólo la reconciliación del pueblo rumano con Dios, sino sobre todo la creación de un “hombre nuevo” que se correspondería con la nueva forma de vida europea. La pasión religiosa por la creación de un “nuevo hombre” muestra el fundamento esencialmente apolítico de los esfuerzos renovadores de los que Eliade se hizo portavoz.

¿Qué es, en la obra de Cioran, típico de su generación, y qué es expresión de su manera altamente individual de pensar y de sentir? Desde luego nadie se equivocará viendo en las obras de Cioran escritas en francés una despedida también de los pensamientos escritos en rumano, que proceden del clima de los años 30: un distanciamiento, por tanto, del extremismo político, pero sin renunciar no obstante, al consecuente extremismo de pensamiento. Por otra parte, sus escritos rumanos demuestran que Cioran se encontró a los veintidós años ya *En las cimas de la desesperación* (1934), esto es, que ya había encontrado el tema de su escritura, su tema. De la mayor importancia para Cioran tanto como para su generación fue la recepción de la filosofía vitalista, desde Schopenhauer, Nietzsche y Bergson hasta Simmel, Spengler y Klages, al que él mismo había escuchado durante su estancia de estudios en Berlín. Entonces llegó el pensamiento existencialista de un Lev Shestov, que lo liberó, según sus palabras, de la filosofía. El pensamiento de Cioran es un pensamiento involuntario, que lamenta la existencia de la conciencia y sufre por ella. Si existe un lema que

En los años 30 se aceleró rápidamente la ideologización de la sociedad rumana; nuevos movimientos políticos como el de los legionarios ganaron pronto en importancia

defina la vida y el pensamiento de Cioran, reza así: “Conciencia como perdición”. Porque la miseria del hombre consiste justamente en que puede reparar en la miseria de su situación pero no puede cambiarla: “El espíritu es el fruto de una enfermedad de la vida y el hombre sólo un animal enfermo. La presencia del espíritu es una anomalía en la vida”. El espíritu es el que no dejó tranquilo a Cioran desde que lo atormentaba el insomnio en su juventud, insomnio que lo empujó más que todo lo demás al radicalismo de su pensamiento. Si el sueño es lo que ayuda a soportar el ser del hombre, ello implica necesariamente que a quien no es capaz de dormir no lo alcanzan los consuelos de la religión o la filosofía. Todavía en su último volumen de aforismos se encuentra una frase que conecta directamente con su primer libro: “La conciencia es más que una espina, es un puñal en la carne”.

El pensamiento tardío de Cioran se podría describir, siguiendo a Armin Mohler, como “post-revolucionario”; sin duda no contiene la menor chispa de esperanza en relación con lo político. Ningún optimismo sobre lo factible o lo esperable, únicamente una inmovible auto-mortificación espiritual que sólo de mala gana y a regañadientes se obliga a reconocer el lado bueno de la vida, pero en ningún caso lo admite como argumento para decir sí al mundo. El pensamiento de Cioran se mueve en esa zona más allá del optimismo o pesimismo que sólo es accesible para los más intrépidos autoanalistas. También aquí sorprende lo pronto que Cioran se dejó guiar en sus reflexiones por el reconocimiento casi antropológico de “que la miseria está íntimamente unida a la existencia del hombre”, por lo cual, afirma, no puede aprobar ninguna teoría o doctrina que predique una reforma de la sociedad: “Todas me parecen igual de estúpidas”. Desde el principio, pues, Cioran sufría hasta la desesperación por el sufrimiento del hombre, y no disminuyó esta desesperación el hecho de que él, como “animal racional”, estuviese obligado a reflexionar sobre esta miseria. A la vista de la miseria del hombre, Cioran siente profunda vergüenza incluso por la existencia de la música, a la que veía en su *Libro de los engaños*, en todo caso en lo que respecta a Bach y a Mozart, como medicina para la desesperación, tal vez como la única prueba de la existencia de Dios. Pero también la música se encuentra necesariamente ligada al sufrimiento del hombre: “¡La imposibilidad de apartar lo infinito de la muerte, la muerte de la música y la música de la melancolía!”. La existencia del hombre está por antonomasia definida como sufrimiento, y de ahí que ya el mero hecho de nacer sea razón suficiente para la más profunda desesperación. Como el carácter de sufrimiento de la existencia es irrevocable, entonces tampoco existe justicia: “*La esencia de la vida social es la injusticia. ¿Y cómo puede uno entonces depender de una doctrina social o política?*”. La esencia del hombre es la melancolía, éste es el límite irrevocable de todos los intentos por mejorar la situación del hombre: “Aunque la fe, la política o la bestialidad reduzcan la desesperación, se mantiene aún la melancolía: ésta cesa sólo con el pulso de nuestra sangre”.

Contra esa miseria Cioran no cultiva entonces la indiferencia apática, sino una especie de rebelión metafísica, una “eterna sublevación” contra la estructura del mundo, que Cioran define certeramente con un afo-

El pensamiento tardío de Cioran se podría describir, siguiendo a Armin Mohler, como “post-revolucionario”; sin duda no contiene la menor chispa de esperanza en relación con lo político

rismo: “La creación fue el primer acto de sabotaje”. De ahí que, según Cioran, el mundo no merezca ser comprendido: lo que en todo caso, paradójicamente, presupone ya su comprensión. Frente a semejante realidad, la indiferencia estoica de los sabios, que son inmunes al sufrimiento, tiene que parecerle a Cioran una expresión del vacío interno. El distanciamiento de Cioran ante la filosofía no podría estar recalcado más obviamente: “Prefiero que me devore un ardor de fuego interno a morir en el vacío y la resignación de los sabios”. En el fondo, el hombre tiene a su disposición sólo dos actitudes ante la vida: por una parte la ingenuidad, que por su amor orgánico encuentra en el mundo armonía y belleza, por otra, el heroísmo. Pero quien repara en esta alternativa ya no puede ser ingenuo, y entonces le queda únicamente el heroísmo, la huida en el heroísmo: “La serenidad heroica es el privilegio y la maldición de los caídos por la vida, de los que se han desligado del ser y son incapaces de toda satisfacción y felicidad”. Esta afirmación del heroísmo fue también, no obstante, la que a principios de los años 30 lo condujo a juzgar positivamente el nacionalsocialismo: “Cada revolución es heroica, y en ella entiendo toda la envergadura del heroísmo, que empieza con la brutalidad y termina con el sacrificio”.

Frente al antiteísmo de Cioran, a su lucha contra Dios, a su denuedo por una comprensión del Dios ausente que no habla a los hombres, a su queja contra la creación, se coloca su igualmente temprana inclinación a la mística (*De lágrimas y santos*). El éxtasis místico sería lo único que podría oponerse a los destructivos “desastres de la clarividencia”, a la nada, algo que, sin embargo, ni siquiera para el propio Cioran era posible.

El pensamiento de Cioran es de una clase que hace parecer frívolo definirlo dentro de una estilística. Es una enemistad contra todos los sistemas, contra la teología igual que contra la filosofía. El Cioran aforístico demuestra por medio de la claridad de sus frases, de su intención de estilo, de la elaboración estética de su material mental, que incluso su indiferencia, su repugnancia por el mundo y el hombre tenían sus límites. ¿Pues por qué iba uno esforzarse por tener estilo si todo fuera nada? El escepticismo es el principio que da forma a la existencia en la concepción de Cioran, aquella terapia que no llega a tiempo: “El escepticismo”, dice después de la Guerra mundial en sus *Silogismos de la amargura*, “derrama sus beneficios demasiado tarde sobre nosotros, sobre nuestros rostros devastados de convicciones, sobre nuestros rostros de idealistas como de hienas”. Convicciones entre las cuales Cioran también contaba el nacionalismo fanático de su juventud.

El escepticismo es un programa de vida, no un mero método de pensamiento (como en Descartes) que ya no servirá cuando se tenga suelo sólido bajo los pies. La plusvalía política de este escepticismo no hay que tasarla muy alto, en tanto que el escepticismo conduce directamente al pensamiento no político. Los escépticos son individuos aislados, no miembros de un grupo, porque “quien habla en nombre de otros, es por fuerza un mentiroso. Los políticos, los reformadores, todos los que hablan de algo colectivo, son sólo charlatanes”. El rechazo de Cioran a todo propósito político positivo resulta sin duda de su reflexión sobre su comportamiento personal, que le pareció inconcebible al Cioran maduro. De esta experiencia heredó un sonoro “no” para el compromiso: “Huir de los mentirosos, no pronunciar nunca un sí”.

Los años rumanos de Cioran forman el sustrato sobre el que se construye todo su pensamiento posterior: también, o incluso especialmente, la época, rechazada por él mismo, de su simpatía y compromiso con el legionarismo. La historia de su pensamiento no se puede escribir sin la historia de sus contemporáneos, ya se llamen Mircea Eliade, Constantin Nioca o Nae Ionescu. La simpatía común por el fascismo rumano no debería ocultar, sin embargo, que los pensadores y escritores rumanos de aquellos años fueron desde el principio pensadores independientes que no pudieron permanecer sin más con las ideas dictadas por su tiempo. De igual modo se muestran motivos de pensamiento que ya aparecen clara y obviamente en los primeros textos de Cioran y que continúan hasta sus obras de madurez. El extremismo del pensamiento ya no se expresa en proyectos políticos radicales o utopías de renovación en Rumanía, sino que la integración del escepticismo en la filosofía de la época de entreguerras rumana se transforma en una crítica de la utopía y la ideología, que justamente es de una insistencia tan eficaz porque sabe de qué habla, porque tiene la experiencia propia como fundamento de la comprensión teórica. En *Historia y utopía*, Cioran escribe: “Si llega la hora de la ideología, todo contribuye, incluso sus enemigos, a su éxito; ni la polémica ni la policía pueden evitar su expansión o retrasar sus triunfos”: pero un día toda ideología encuentra una forma que triunfa sobre su contenido ideal, y todas las expectativas de salvación se evaporan.

TRADUCCIÓN

Theresa Steininger y Pablo Toribio Pérez